

¿Urbano o Rural?

Repensando territorios, discursos y prácticas al margen de la metrópolis.

Debate o discusión en teoría social.

GT 05: Desarrollo rural, globalización y crisis.

Claudia Concha- Tomás Errázuriz
Francisco Letelier - Stefano Micheletti
Alejandra Rasse - Rodrigo Salcedo

Resumen

Las transformaciones productivas resultantes del despliegue del capitalismo agroindustrial, han generado procesos de flujo e intercambio entre lo rural y lo urbano. La nueva realidad rural, y la penetración de lo rural en la ciudad, desafían las formas tradicionales dicotómicas en que las ciencias sociales han comprendido la ciudad como opuesto a la rural. Este dualismo conceptual y epistemológico, impide comprender y describir en el plano empírico los distintos territorios en el marco de la globalización del capital.

La presente ponencia busca a partir del análisis del caso de la Región del Maule, abrir la discusión respecto a la necesidad de generar un instrumental conceptual, que permita comprender esta realidad territorial, compuesta de ciudades con fuertes nexos en términos de intercambio material y simbólico con las áreas rurales.

Palabras clave: Territorio-Rural-Urbano.

Introducción

En las últimas décadas, producto de la adopción de un modelo de desarrollo que pone al mercado como figura central, los territorios agrarios de América Latina han experimentado intensos procesos de modernización capitalista. Ejemplo de estos cambios son: (1) transformación en los usos de la tierra (dada principalmente por expansión del cultivo de frutales, viñedos y árboles exóticos), (2) cambios en la tecnología empleada en la explotación (incorporación de agroquímicos, maquinarias, semillas entre otras agro- tecnologías), (3) ampliación de la infraestructura y conectividad de la ruralidad, lo que ha reducido el aislamiento social y cultural del campesinado; y (4) modificaciones en la organización y estructura social tradicional del mundo rural, relacionadas tanto con el surgimiento de nuevos actores (temporeros, empresarios agrícolas, recolectores, obreros forestales, entre otros.), como con la aparición de nuevos tipos de asentamientos residenciales (vivienda social rural, parcelaciones de agrado, entre otras).

Sin embargo, no solo lo que entendemos como “el campo” cambia, sino que también se transforma la relación entre núcleos urbanos y sectores de producción piscisilvoagropecuario. Así, hoy se observan nuevos procesos migratorios que difieren de los tradicionales campo- ciudad metropolitana: actualmente prevalecen las migraciones inter-zonal –del caserío al pueblo, o del pueblo a la ciudad intermedia- (Canales 2012). Adicionalmente, la movilidad cotidiana entre los distintos asentamientos humanos en una misma área geográfica se intensifica, siendo hoy común que estudiantes o trabajadores se desplacen entre localidades próximas para realizar sus actividades diarias.

En la práctica, esta nueva dinámica productiva lleva a la generación de fuertes lazos funcionales con núcleos urbanos (Berdague 2009), en la medida en que el mundo agrícola tecnificado y capitalista

requiere de servicios localizados en la ciudad, y la dinámica económica de una ciudad en una región agroindustrial se basa fuertemente en el empleo generado directa o indirectamente desde los sectores rurales. Esta interdependencia no solo reduce el aislamiento, sino que consecuentemente, permite la penetración en la ruralidad del modo de vida urbano y su cultura (y viceversa).

Este fenómeno desafía la forma tradicional de entender lo urbano y lo rural: como opuestos. Esta forma de concebir el par urbano/ rural es consistente con la base epistemológica en el origen de las ciencias sociales: Una visión lineal de la historia, que confía en el progreso ilimitado, y que intenta explicar el paso de un estadio social a otro (tradición / modernidad; feudalismo / capitalismo, etc.), a partir de la contraposición de dos situaciones opuestas o antagónicas (pensamiento dual). Este dualismo, que permite claridad en el plano de los conceptos, en lo empírico impide dar valor propio a situaciones de hibridación, superposición o coexistencias de diversos órdenes, como parece ser el caso del fenómeno en estudio.

Hasta la década de los 70, el fenómeno rural se analizaba desde esta distinción radical con lo urbano. Para Baigorri (2006) la sociedad industrial se definió fundamentalmente por la urbanización, mientras que *lo rural* nunca se definió, quedando como *lo-que-aún-no-es-urbano*. Lo urbano, a su vez, se asimila directamente a la ciudad, la que queda caracterizada por su gran tamaño y densidad poblacional, funcionalidad y complejidad en sus vínculos, y como resultado, un modo de vida propio (Wirth, 1938), que combina indiferencia y anonimato en el encuentro con los demás. Al definir lo rural como negación de lo urbano, los territorios rurales quedan conceptualizados como aquellos regidos por fenómenos de carácter natural, con densidad poblacional baja, y con componentes culturales tradicionales que enfatizan la comunidad. Los dos modos de vida resultantes se nos presentan, entonces, como antagónicos, opuestos naturalmente tanto en términos materiales, como en relación a sus formas de cohesión social y los vínculos que se establecen entre sus habitantes.

Adicionalmente, esta distinción entre lo urbano y lo rural esconde la perspectiva desde la que se construye. Si bien es evidente que es lo urbano lo que se privilegia en la distinción (lo que en último término, se afirma y se desarrolla como contenido), esta noción de lo urbano es desarrollada por académicos que experimentan un tipo particular de ciudad: la metrópolis (Londres y Chicago, entre otras). La idea de una ciudad densa, compleja, funcional y anónima proviene de la observación de la realidad de la metrópolis, y su aplicación a la ciudad intermedia o pequeña no es inmediata.

Al fijar la metrópolis como paradigma de la ciudad, todos aquellos asentamientos urbanos de menor tamaño son medidos y analizados bajo este modelo, y todo fenómeno social que dé cuenta en ellos de prácticas o estilos de vida tradicional en la ciudad será abordado como parte de un “proceso hacia la urbanización” (en realidad, metropolitanización), es decir, como un elemento marginal que no tiene sentido analizar en sus propios términos.

Esta separación tan nítida entre lo urbano y lo rural entra en crisis a partir de la década del 70, en términos de sus supuestos epistemológicos, como desde su capacidad de describir los distintos territorios en el marco de la globalización del capital. Por una parte, la transformación de la ruralidad obliga al desarrollo de herramientas conceptuales que den cuenta de su nueva situación. Por otro lado, la complejidad de la ciudad lleva a la imposibilidad de interpretarla desde una única perspectiva, o desde un discurso unitario. No obstante lo anterior, las re-conceptualizaciones siguen reproduciendo la distinción original entre lo rural y lo urbano, y se desarrollan de forma independiente, sin enlazar la reflexión sobre la ruralidad con los estudios urbanos.

1. Enfoque para abordar la ruralidad.

Quienes contemporáneamente han abordado conceptualmente el tema del territorio rural, lo han hecho desde la perspectiva económica estructural, sin incorporar en el análisis aspectos socioculturales, que permitan entender factores subjetivos que afectan la construcción de estos

territorios. El énfasis se ha orientado a comprender la relación de esta ruralidad con los pueblos y pequeñas ciudades agrarias que se conectan diariamente con los espacios en los que la producción agrícola ocurre. Así, quienes han estudiado la diversificación de la economía rural y la expansión de los servicios para la ruralidad, tienden a hacer referencia, al mismo tiempo, a la nueva funcionalidad de las ciudades cercanas: núcleos dinamizadores de las economías regionales.

Algunos autores abordan este tipo de urbes como “ciudades rurales” (Berdegué, J. Jara, E. Modrego, F. Sanclemente, X. y Schejtman, A. 2010.) Estas ciudades recogen claramente el papel de las actividades económicas vinculadas al ámbito rural, ubicándose en un punto intermedio de una gradiente de ruralidad que va desde un extremo urbano –metrópolis- hasta uno rural –caseríos-. Las ciudades rurales corresponderían a asentamientos que, si bien bajo el criterio de tamaño poblacional deberían ser considerados como urbanos, por seguir teniendo una relación orgánica y funcional con las actividades económicas agrícolas, mantienen en la práctica una pauta de relaciones sociales que asociamos más a la realidad rural. Es interesante que, desde este punto de vista, la gradiente entre el extremo urbano hasta el extremo rural no está compuesta solo por una variable (tamaño o densidad poblacional), sino que requiere de la inclusión de otras dimensiones (actividades económicas, tipo de vínculos sociales, etc.).

Otros autores (Cartón de Grammont, 2004; Echeverri & Rivero, 2002; Gómez, 1992) han adoptado la expresión de “nueva ruralidad” para referirse al conjunto del territorio, incluidas las ciudades rurales. Esta categoría analítica nace del estudio sobre el ámbito rural europeo en la década de los 1960’s (Chevalier 1980).

Esta vertiente teórica ha sido desarrollada desde enfoques disciplinares diversos (Gorestein, Napal y Olea 2007). Para la sociología rural, el acento está puesto en el surgimiento de grupos sociales que habitan el mundo rural, pero que realizan actividades y establecen formas de relaciones no agrarias. Para la economía, en cambio, el concepto de “nueva ruralidad” se vincula con la diversificación de actividades económicas que aparecen en el mundo rural (Ceña, 1993): desde un espacio sólo destinado a la producción piscisilvoagropecuaria, se pasa a zonas con actividades diversas (agricultura, industrias pequeñas y medianas, comercio, turismo y otros servicios), y en las que se asientan pueblos, aldeas, pequeñas ciudades, centros regionales, espacios naturales y zonas cultivadas.

La geografía aplica este concepto a la extensión de la ciudad-metrópolis hacia la ruralidad circundante, aludiendo a la disolución del límite entre ambos tipos de áreas: “El continuo urbano-rural no se entiende tan sólo como una descripción de las consecuencias provocadas por la difusión espacial de la urbanización, sino que justifica una interpretación del territorio, construido por una red de relaciones funcionales, en donde los efectos multiplicadores generados por ciertos núcleos urbanos pueden dinamizar su entorno próximo y servir de soporte –en forma de servicios e infraestructura- a iniciativas surgidas en las áreas rurales, ayudando así a diversificar sus economías” (Méndez 2007). Cuando hablamos de nueva ruralidad hacemos referencia a extensos territorios, que comprenden una serie de localidades de distinto tamaño, articuladas en red en torno al desarrollo de una diversidad de actividades económicas (que comprenden relaciones funcionales, de producción y consumo, pero también relaciones puramente sociales), y que tienen como fundamento central la explotación piscisilvoagropecuaria. Esto configura un entramado socioeconómico nuevo y complejo, que difícilmente responde a las categorías de análisis previamente existentes. En cierta forma, el concepto de nueva ruralidad anula la aplicabilidad de la noción “urbano” en estos territorios, descomponiendo el par conceptual urbano/ rural.

Un tercer enfoque utilizado para comprender las transformaciones del mundo rural es el del “continuo rural-urbano” o “rururbano”. Esta categoría supone que en estos territorios existe la mixtura campo-ciudad, la que se manifiesta en la condición de vida de algunos actores cuyos modos y lógicas de acción basados en valores, saberes y sentires rurales comienzan a mimetizarse con la urbe (y viceversa). Podría pensarse en una relación dialéctica en que la cultura local, a partir de la incorporación de nuevos valores y prácticas comprendidas como urbanas, incorpora nuevos códigos, y

al mismo tiempo, la cultura urbana se reapropia de bienes naturales y culturales habitualmente entendidos como propias del mundo rural, reforzando así los vínculos sociales (Carneiro, 2001; Wanderley, 2001).

Finalmente, algunos autores han trabajado el concepto de “territorios y población agraria” (Canales y Hernández 2011; Canales, M. & Canales, A. 2012); haciendo una nueva distinción, esta vez no entre rural y urbano sino que entre “rural” y “agrario”, atendiendo al fundamento productivo del territorio. Así, se define como “rural” a aquel territorio vinculado a la actividad económica agrícola primaria; mientras la categoría de lo “agrario” se reserva para territorios en que la actividad económica predominantemente es la piscisilvoagropecuario en su fase agroindustrial, o de servicios, que es la que trae consigo la conectividad, la tecnologización, la contractualización del trabajo, etc.

La distinción central se desplaza desde la tradicional dicotomía urbano/rural, a una dicotomía urbano-agraria/urbano-metropolitana. Caracterizan a la ciudad metrópolis la actividad económica de carácter no primario, con la capacidad de construir su propio entorno e independizarse del hábitat natural y con un poblamiento denso demográficamente. La agrópolis, por el contrario, es una red de redes de poblamiento que se distribuyen en uno o varios valles, ciudades y pueblos, con actividades económicas pluri-centradas piscisilvoagropecuario.

2. Las formas de comprender lo urbano

Los estudios urbanos, desde su origen y bajo el influjo de la Escuela de Chicago, proponían una ciudad en la que progresivamente se tendería a la funcionalización de los vínculos, y al desarraigo respecto de la figura de comunidad. La funcionalidad y la indiferencia respecto del otro serían así el modo característico de habitar del urbanita. Sin embargo, hacia la década de los años ochenta esta visión (anclada en una perspectiva profundamente moderna) comienza a ser cuestionada por otras formas de mirar la ciudad, que dan origen a otros paradigmas. La idea de “un” modo de habitar propio de la ciudad queda cuestionada desde el reconocimiento de la existencia de lógicas y prácticas que se alejan de lo funcional, y que más que ser residuales, se consolidan en el corazón de las ciudades.

En los años setenta comienza a evidenciarse que, en lugar de asimilarse, los grupos de inmigrantes que arribaban a las ciudades norteamericanas buscan mantener su modo de vida y costumbres. Asimismo, la suburbanización creciente comienza a disputar las funciones tradicionalmente asociadas a los centros urbanos, poniendo en jaque una lectura unitaria de la ciudad desde el centro a la periferia. Esto último se ve reforzado por las consecuencias espaciales del paso de una economía basada en la producción, a una basada en servicios.

En consecuencia, surgen perspectivas de la ciudad que en lugar de generar una lectura unitaria, resaltan su multiplicidad interna. Así, desde la Escuela de Los Ángeles se describe la ciudad como descentrada o ilimitada, con un centro que ya no articula la ciudad ni organiza su periferia (Dear y Dallas, 2001); fragmentada, con islas de riqueza insertas en un mar de decadencia (Davis, 1990); e híbrida, con clusters de inmigrantes de diverso origen, que aportan prácticas y modos de habitar distintos. En este contexto, por contraposición a la visión unitaria de la ciudad, Soja (2000) propone seis discursos para leer la ciudad actual. Esta perspectiva describe la ciudad como múltiple, de forma que en cada ciudad coexisten varias ciudades, entonces la búsqueda de un aspecto único, “propio” y definitorio de lo urbano es inútil.

El debate sobre la informalidad urbana también contribuye a desarmar esta idea de “el” modo de vida urbano. Si bien en los sesenta y setenta la informalidad se asocia a la supervivencia de formas tradicionales en países en desarrollo, y en este sentido, se entiende como marginal, diversos autores muestran cómo la informalidad en la práctica no sólo sobrevive incluso en ciudades de países desarrollados, sino que incluso forma parte de la dinámica del capitalismo global. En esta línea, Portes (1989), al analizar la informalidad en las ciudades norteamericanas, la comprende como integrada al

sistema económico en general, en un complejo entramado que involucra migraciones, economía local y economía global: la ciudad informal sería consecuencia del desarrollo del capitalismo global. La informalidad, en este sentido, queda constituida por actividades de rebusque (Kenbel, 2006) que no se desarrollan de forma marginal, sino que exhiben una racionalidad alternativa a la dominante, pero que se desenvuelven en el contexto de lo formal, e interactúan con ello.

Esta visión lleva a la crítica del dualismo informalidad / formalidad (Berenstein, 2001; Jauregui, 2004; Robinson, 2006; Varley, 2009), en tanto queda en evidencia que la informalidad no es un simple trasplante de lo rural o tradicional en la ciudad, sino una característica propia de la urbanización contemporánea (AlSayyad, 2004; Calvacanti, 2008; Gaffikin y Perry, 2012).

Adicionalmente a estas dos perspectivas, también hay autores que, desde el análisis de las prácticas cotidianas de los urbanitas, cuestionan la idea de un único modo de vida urbano. De Certeau (1984), Lefebvre (1991) y Soja (2000) conciben el espacio como un campo en disputa, lo que se expresa en el despliegue de estrategias o tácticas espaciales que permiten a los sujetos subvertir el orden espacial impuesto (por la planificación, las normas o la forma física) y así modificar el espacio a través de la forma de habitarlo.

Desde este punto de vista, prácticas que podrían ser interpretadas como pre modernas, como los barrios de migrantes de inicios del siglo XX (Wirth, 1938), o los barrios cerrados (Low, 2003), no tenderían a desaparecer, sino al contrario, corresponden a prácticas subalternas que conviven con las prácticas hegemónicas, creando nuevas morfologías y diferentes tipos de espacios. Así, por ejemplo, compartir la vivienda con la familia extendida, el desarrollo de asociaciones de vecinos o grupos de Iglesia, etc., se han mantenido en la ciudad hasta el día de hoy, a pesar de todos los augurios respecto a su desaparición esbozados por los autores de la escuela de Chicago (Wirth, 1938).

A la permanencia de estas actividades es posible sumar la aparición de prácticas postmaterialistas (Inglehart, 1971), que buscan recrear el modo de vida tradicional en el corazón de la ciudad: la agricultura urbana, el pequeño retail, la tienda de especialidad, todas ellos espacios y actividades posibles por el poder adquisitivo de la elite, quienes hacen de este su estilo de vida (Zukin, 1993). De esta forma, no sólo la ruralidad expone una serie de modos de habitar, sino que dentro de la ciudad también puede reconocerse una mixtura entre prácticas “modernas” y prácticas tradicionales, a lo que se suma el surgimiento de nuevos modos de vida que reincorporan y resignifican prácticas propias del habitar tradicional o rural.

3. Rupturas y continuidades en los territorios del Maule.

Tanto la diversidad de situaciones urbanas recién descritas, como las transformaciones de la ruralidad discutidas al inicio, son posibles de observar empíricamente en los territorios del Maule.

La región del Maule es la más rural de Chile, con un 32,86% de su población habitando en estos territorios (INE, 2013)¹. De las 30 comunas que la componen, sólo 7 presentan niveles de ruralidad inferiores al 30%, y las 23 comunas restantes alcanzan un promedio de 64% de población rural (GORE Maule, 2009). Esta medición tradicional basada únicamente en el criterio de densidad demográfica está lejos de hacer justicia a los debates recién expuestos. El Banco Mundial (2005) advierte que la población rural chilena es hasta tres veces más que la estimada, si añadimos la dimensión tiempo de viaje a un centro urbano. En esta misma línea, el “informe Desarrollo Humano en Chile Rural 2008”, comprende como rurales “aquellos asentamientos humanos cuya economía es predominantemente piscisilvoagropecuario” (PNUD, 2008:57), revelando que poco más de un tercio de los chilenos habitarían en estos territorios.

En este contexto, el Maule, es una región en que al menos un tercio de su población es rural, y

¹ Proyección INE al año 2010. El INE Considera rurales los territorios habitados por menos de mil personas, o entre 1000 y 2000 siempre que más de la mitad de la fuerza laboral se encuentre en el sector primario de la economía.

en las últimas décadas se ha visto sometida a fuertes procesos de modernización agroindustrial, lo que la convierte en un territorio especialmente adecuado para el estudio de las transformaciones territoriales y los cambios en la relación entre lo urbano y lo rural.

En esta región, los territorios favorecidos producto del dinamismo agroindustrial se ubican en el valle central, especialmente en la parte norte y centro de la región (donde se ubica además la ciudad capital regional: Talca). Adicionalmente muestran indicadores favorables, disminución de la pobreza y desocupación, incremento de la participación femenina en las labores agrícolas y en los niveles educativos, crecimiento de las ciudades y pueblos, entre otras. Asimismo, son estos territorios en los que existe mayor conectividad, lo que permite un diálogo e intercambio más fluidos con las ciudades de la región. Por el contrario, existen zonas en el secano interior y pre-cordillera, que se conjugan aspectos económicos y culturales que se convierten en zonas expulsoras de población.

Aplicando los debates ya revisados, podemos reconocer al menos tres tipos de espacios en la región:

(a) ciudades agrícolas de diversas escalas y con diversos grados de conexión a la industrialización capitalista, estas se ubican en el valle central y en zonas en que la actividad agroindustriales han aumentado su densidad demográfica; al tiempo que han desarrollado una oferta de servicios, locomoción colectiva, viviendas y urbanización. Se asocia a ellas también, la concentración del poder político-administrativo, económico, y la centralización de los servicios.

Los procesos de expansión de las ciudades del valle central han conectado a la urbe (especialmente Curicó y Talca) con pueblos, aldeas, o caseríos; generando en varios casos conurbaciones (Talca / Maule; Curicó / Sarmiento) o interconexiones extremas (Curicó / Romeral; Talca / San Clemente); y una mayor demanda por servicios ligados a la ciudad tales como transporte público interurbano, atención especializada de salud, o educación superior. Hasta ahora, y en comparación con la gran metrópolis, las ciudades del Maule se caracterizan por una densidad poblacional moderada. Visto con ojos acostumbrados a la experiencia metropolitana, el ritmo de vida parece pausado, lo que facilitaría la vida cotidiana. Asimismo, la oferta de servicios no incluye una diversidad que permita la segmentación interna de la clase media o la elite en distintos grupos de interés (así, en Talca, hay una sola centralidad, y hasta hace poco, había un solo mall). Sin embargo, investigaciones recientes (UCM, SURMAULE, 2010; Sabatini, Wormald y Salcedo, 2008) advierten que en la ciudad Maulina –especialmente en Talca-, comienzan a surgir problemáticas propias de la metrópolis, como (1) el surgimiento de focos de delincuencia y drogas, y la (2) reproducción de pautas de segregación residencial propias del espacio metropolitano, las que tienen consecuencias nocivas para los habitantes (Sabatini, Wormald y Salcedo, 2008).

b) zonas rurales “urbanizadas”, diversamente conectadas a la industrialización. Es el caso de los “pueblos” del Maule (aquellos de más de 5000 habitantes) afectados por la transformación industrial del agro y que se han urbanizado aceleradamente en las últimas décadas -San Clemente, San Javier, Sagrada Familia, Romeral, etc.-, en que las principales transformaciones tienen que ver con el aumento de la población, de la densidad y diversidad de ocupaciones, y el desarrollo de infraestructura. Todo esto genera una red de conexiones e intercambios bastante fluida con la ciudad a la cual orbitan. Esta movilidad permitiría pensar en la existencia de elementos funcionales y simbólicos comunes entre la ciudad y el pueblo (UCM SURMAULE; 2010). Con todo, no hay que perder de vista que esta interconexión y flujos se producen “desde” y “hacia” lugares específicos, sin comprometer la ciudad o la localidad en su totalidad. Esto genera que, más que continuidades de significados, lo que exista sean ciertos espacios compartidos en que el pueblo coloniza la ciudad, y en que la ciudad coloniza el pueblo.

(c) zonas aisladas, poco afectadas por las transformaciones capitalistas. Tal como ya lo mencionamos, existen zonas en el Maule que, debido a las vocaciones productivas de los territorios, el aislamiento y el predominio de patrones socioculturales tradicionales, permanecen aun desconectadas. A pesar de su

relativo aislamiento, en algunos de estos lugares están ocurriendo ciertos procesos industrializadores basados ya no en la producción masiva, sino más bien en la producción de bienes ligados a procesos de diferenciación social y distinciones (Bourdieu, 1984) de la clase global metropolitana y transnacional, como lo son los vinos orgánicos, de cepas “tradicionales” o de “parras antiguas”; los olivares, o la crianza de ovinos. Esto en el corto plazo puede, tener consecuencias insospechadas en términos identitarios y de las prácticas culturales de los habitantes de estos sectores.

4. Discusión.

Esta claro que “lo rural” y “lo urbano” ya no pueden entenderse desde la oposición, y que tampoco resulta pertinente la identificación inmediata de las ciudades con lo urbano, y de las pequeñas localidades y poblados con lo rural. Esto nos empuja a desarrollar una nueva forma de conceptualizar el territorio, que sea idónea para el análisis no sólo de la realidad que hemos expuesto, sino de una multiplicidad de territorios que presentan características similares a las que hemos detallado aquí (ciudades no metropolitanas, regiones vinculadas a la industria agropecuaria o la piscicultura, localidades de baja densidad vinculadas al turismo, etc.). Pensamos que, fuera de la –minoritaria– realidad de la ciudad metropolitana, el resto de los territorios presenta características que, de una u otra forma, se asemejan a lo que hemos descrito, o presentan dilemas y contradicciones similares.

Frente a la dificultad de aplicar la dupla conceptual rural / urbano a nuestro entorno, nos enfrentamos a dos posibilidades: abandonarlas, o de alguna forma, resignificarlas. Ante esta situación, pensamos que el problema no son los conceptos en sí, sino la relación de oposición entre ellos, y su vinculación inmediata y total a las realidades territoriales campo y ciudad, respectivamente. Así, hemos optado por resignificar la relación entre lo rural y lo urbano, y su vinculación con el territorio.

Proponemos separara del análisis de lo rural / urbano la noción de modernidad. En primer lugar, evidentemente es difícil señalar como pre-moderno a un lugar en que industrias capitalistas tienen operaciones vinculadas con empresas de otras partes del globo, en que se establecen relaciones contractuales, y en que el Estado ofrece prestaciones que tienen por objeto garantizar derechos sociales. La transversalidad de la economía de mercado invalida la posibilidad de entender estos territorios como atrasados, aislados o desconectados. Pero principalmente, porque pensamos en la modernidad como un fenómeno reflexivo, esto quiere decir, que está “de por sí” en constante reestructuración teórica, práctica y ontológica (Giddens, 1992), y que permea o envuelve prácticamente la totalidad de las actividades humanas.

Buscamos hacer énfasis en que distintos territorios tienen diversas mezclas de elementos urbanos y rurales, y que si bien pueden ser entendidos como “más urbanos” o “más rurales”, más relevante que su clasificación como tales es la comprensión de las hibridaciones que contienen, y las lógicas subyacentes a esto. De hecho, dado que las categorías de “urbano” y “rural”, tal como las hemos definido, incorporan aspectos de diversa índole (sociales, culturales, económicos, etc.), puede ocurrir que espacios con similares características materiales (por ejemplo, similares niveles de industrialización) tengan muy distintas características en términos socioculturales. En este contexto un espacio puede contener en si diversos “artefactos de la globalización” (de Mattos, 1999) pero mantener un “modo de vida” de carácter rural. Asimismo, incluso los ritmos internos de la transformación material y simbólica de una localidad pueden ser disímiles, existiendo prácticas culturales tradicionales que dejan de existir mientras otras florecen.

Proponemos entender lo rural y lo urbano como continuo conceptual que divide dos tipos espaciales ideales: la ciudad funcional metropolitana y el campo en su forma tradicional. El extremo “urbano” se asocia –como se ha venido haciendo– a territorios de alta densidad y poblaciones de gran tamaño, y actividades económicas diversas, con alta presencia del sector servicios. Es funcionalmente independiente de su entorno natural próximo –el que generalmente reaparece bajo la conceptualización

más reflexiva de “riesgo”-, exhibiendo fuertes relaciones de dependencia interna entre sus sectores y actividades, y alta sensibilidad a los cambios en su entorno global. Los vínculos sociales se caracterizan por su alta funcionalización, y por la indiferencia y neutralidad frente al otro. El extremo “rural” se define por la fuerte vinculación entre cultura y sociedad con la naturaleza, tanto en términos de sus actividades económicas principales (lo agropecuario, la pesca u otros similares), como en relación al modo de habitar el espacio, con tiempos y ciclos que se vinculan a los que impone la naturaleza: esto genera una sensación de lentitud, de “acompañamiento” del ciclo del día, y una movilidad que se enmarca en las localidades más próximas, es decir, de corto alcance. En términos de vínculos sociales, lo central es la valoración de las relaciones de parentesco se expresa en el cultivo de las redes familiares extensas (familia extendida).

Al entender lo urbano y lo rural como polos de un continuo permite distinguir diversos tipos de territorios como la ciudad agrícola, el pueblo agro industrial, la ruralidad conectada a los procesos de industrialización capitalista del agro, o una ruralidad que si bien también ha sido afectada por estos procesos se mantiene más cerca del tipo ideal “rural” al que los estudiosos de Chicago (Wirth, 1930) contraponían lo urbano. Asimismo, reconoce la posibilidad de que todos estos territorios puedan presentar formas de habitar el espacio que combinen elementos urbanos y rurales. Así, lo interesante es que si bien todas estas realidades territoriales se distinguen, también comparten prácticas y modos de habitar que vuelven difícil separarlas de forma total.

Estas diferentes “realidades espaciales” no son compartimientos cerrados, son espacios marcados por interconexiones y flujos continuos (Dear, 2010), que los afectan y los modifican mutuamente. Estas interconexiones producen espacios de borde que muchas veces adquieren características particulares propias de un “tercer espacio” o un “espacio intermedio”. Así, el territorio marcado por la agro-industria -sea este rural o urbano- es esencialmente un espacio híbrido.

Esto pone de relieve la importancia de tomar en consideración distintas escalas a la hora de analizar el territorio: la realidad local, usualmente está definida por las conexiones y flujos de carácter regional. En el continuo establecido, los territorios no poseen una situación simétrica, existiendo aún una “jerarquización” basada en relaciones de poder tanto de carácter político económico como de nivel micro-físico (Foucault, 1980). Así, lo urbano, sus prácticas y valores siguen siendo vistos como “lo deseable” por una mayoría de los habitantes, tanto por quienes habitan la ciudad no metropolitana como por quienes habitan los territorios más alejados de los procesos de transformación capitalista. Así, es posible sostener que, para los habitantes del territorio, el pensamiento dicotómico y que establece “jerarquías de deseabilidad” mantiene vigencia, posiblemente asociado a la desigual distribución del poder y los recursos en los distintos territorios.

La complejidad de las relaciones –entre localidades, entre lo productivo y lo sociocultural, etc.- que se tejen en el territorio obliga a la complejidad del instrumental analítico con que nos aproximamos a él. El abandono del pensamiento dicotómico –tan claro y limpio al momento de elaborar teoría- aparece como central si se busca generar mayor identidad entre los conceptos y lo que observamos empíricamente. Si bien la re-conceptualización recién presentada no busca ser una propuesta definitiva, si esperamos aportar con esto a la apertura de un debate que nos permita profundizar la comprensión de los territorios que habitamos.

Referencias

AlSayyad, N. (2004) Urban informality as a ‘new’ way of life. En: Urban informality: Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia. A. Roy, N. AlSayyad Eds. Lexington Books, Lanham, MD. pp 7 – 30.

Baigorri, A. (1995) De lo rural a lo urbano. Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación epistemológica entre Sociología Rural y Sociología Urbana en el marco del actual proceso de urbanización global. V Congreso Español de Sociología – España.

Banco Mundial (2005) Más allá de la ciudad: el aporte del campo al desarrollo, Washington, D.C.

Berenstein, J. (2001) The aesthetics of the favela: the case of an extreme. En: *Transforming Cities: Design in the Favelas of Rio de Janeiro*. J. Fiori, H. Hinsley, E. Pascolo, K. Thornton Eds. Architectural Association, London. pp. 28 – 30.

Berdegúe, J.; Jara, E.; Modrego, F.; Sanclemente, X. & Schejtman, A. (2010) Ciudades Rurales de Chile. Documento de Trabajo N° 61. Programa Dinámicas Territoriales Rurales. Rimisp, Santiago, Chile.

Bourdieu, P. (1984) *Distinction: A social critique of the judgment of taste*. Cambridge: Harvard University Press.

Canales, M. y Canales, A. (2012) La Nueva Provincia:(re)poblamiento de los territorios agrarios. Chile 1982-2002. *Revista Anales Séptima Serie*, N° 3, julio 2012, Universidad de Chile.

Canales, M.; Hernández, C. (2011) Nueva agricultura y geografía humana. Refundación y dinamismo de las agro-urbes. En: *Revista Paraguaya de Sociología* N° 138. Editada por Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CPES)

Carneiro, M. (2001) ¿Do rural e do urbano: uma nova terminología para uma velha dicotomía ou a reemergencia da ruralidade?. En *II Seminario sobre: o Novo Rural Brasileiro*. Campinas: IE/Unicamp.

Carton de Grammont, H. (2004) La nueva ruralidad en América Latina, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales. *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, núm. especial. México.

Cavalcanti, M. (2008) The politics of concrete and cocaine in favela consolidation. En: *International Journal of Urban and Regional Research*, 32(4) 989 – 1027.

Ceña, F. (1993) El desarrollo rural en sentido amplio. En: *El Desarrollo Rural Andaluz a las Puertas del siglo XXI. Congresos y Jornadas (Andalucía, España) N° 32*.

Davis, M. (1990) *City of Quartz: Excavating the future of Los Angeles*. New York: Verso.

De Certeau, M. (1984) *The practice of everyday life*. Berkeley: University of California Press.

Dear, M.; Dallas, J. (2001) *Form Chicago to LA. Making sense of urban theory*. Sage publications.

Chevalier, M. (1980) Les phenomenes neo-ruriaux. *El Espacio Geográfico* n° 1.

Gaffikin, F. & Perry, D. (2012) The Contemporary Urban Condition: Understanding the Globalizing City as Informal, Contested an Anchored. En: *Urban Affairs Review*, September 2012; vol. 48, 5: 701-730.

Gobierno Regional del Maule (2009) Propuesta de Política Regional de Desarrollo Rural Región del Maule.

Gorenstein, S; Napal, M.; Olea, M. (2007) Territorios agrarios y realidades rururbanas. Reflexiones sobre el desarrollo rural a partir del caso pampeano bonaerense. *Revista Eure* (Chile) 33(100): 91-113.

Jáuregui, JM. (2004) Traumas urbanos: urbanización fuera de control, urbanismo explosivo en América Latina. En: *Traumes urbans: la ciutat i els desastres*. Ed. Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (Col·lecció Urbanitats Digitals, Barcelona) pp 125 – 13.

Kenbel, C. (2006) A mitad de camino entre lo urbano y lo rural: Actores y actividades de rebusque. En: *UNIREvista* - Vol. 1, n° 3.

Lefebvre, H. (1991) *The production of Space*. Oxford: Blackwell.

Low, S. (2003) *Behind the gates: Life, security and the pursuit of happiness in fortress America*. Routledge: New York & London.

Méndez, M. L. (2007) Propuesta Conceptual del Programa de Identidad Regional. “El ámbito sociocultural como eje vertebral para el desarrollo regional: El concepto de identidad regional que queremos”. Obtenido desde: http://www.subdere.gov.cl/1510/article-72848.html#h2_4. Fecha de consulta: Mayo de 2013.

PNUD, (2008) *Desarrollo Humano en Chile Rural: Seis Millones por nuevos Caminos 2008*.

Portes, A.; Castells, M; y Benton, L. (1989) *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*. The Johns Hopkins University Press.

Robinson, J. (2006) *Ordinary Cities: Between Modernity and Development*. Routledge, London.

Sabatini, F.; Wormald, G.; y Salcedo, R. (2008) *Barrios en crisis y barrios exitosos producidos por la política de vivienda social en Chile*”. Informe técnico final PBCT Anillos en Ciencias Sociales, CONICYT.

Soja, E. (2000) *Postmetropolis: Critical Studies of Cities and Regions*. Malden, MA, Blackwell.

UCM SURMAULE, (2010) *Identidad e Identidades en el Maule, Claves para imaginar el desarrollo regional*. Gobierno Regional del Maule, Región del Maule.

Varley, A. (2009) *Postcolonialising Informality? (Re) Invasions and Inventions: Latin America Confronts the 21st Century*. 45th Annual Conference of the Society for Latin American Studies. Material sin publicar. Leeds.

Wanderley, M. (2001). *A Ruralidade no Brasil Moderno. Por un pacto social pelo desenvolvimento rural*. En *¿Una Nueva Ruralidad en América Latina?* Norma Giarracca (compiladora). Colección Grupos de Trabajo de CLACSO. Grupo de Trabajo Desarrollo Rural. CLACSO, Buenos Aires, 2001.

Wirth, L. (1938) *Urbanism as a way of life*. En: *American Journal of Sociology*, 44, 1-24.

Zukin, S. (1993) *Landscapes of power: From Detroit to Disneyland*. University of California Press.